

DOCUMENTOS

Entre la intervención y la homeopatía

Por Arnold TOYNBEE

La Organización de Estados Americanos se ha reunido dos veces durante los últimos seis meses en Uruguay; la primera en el verano y la segunda la semana pasada.

La reunión del verano pasado fue organizada para discutir la oferta de Estados Unidos de crear una "Alianza para el Progreso". El Presidente Kennedy ofrecía a los países latinoamericanos ayuda económica para realizar reformas en busca de una mayor justicia social; pero con la condición de que los gobiernos de Latinoamérica, por su parte, siguieran los pasos necesarios para poner sus cosas en orden.

Los dos pasos sobre los que los Estados Unidos insistían particularmente eran una adecuada imposición de impuestos a los ricos y una adecuada distribución de la propiedad de la tierra. En otras palabras, el plan tratado en esa primera reunión era, en la superficie, social y económico, mientras que el de la conferencia de la semana pasada fue francamente político.

Estados Unidos estaba exigiendo a los países latinoamericanos que se le unieran para aplicar sanciones contra uno de ellos: Cuba. Sin embargo, bajo la superficie, el asunto tratado en las dos conferencias fue el mismo, y puede ser resumido simplemente. La pregunta es: ¿puede hacerse algo para prevenir que revoluciones como la de Fidel Castro en Cuba se realicen en los demás países latinoamericanos?

Evitar que esto pase es un objetivo de primera importancia para Estados Unidos. Si el resto de Latinoamérica se ve envuelto en revoluciones comunistas o semicomunistas, la Unión Soviética podría rodear los flancos de Estados Unidos. Regímenes prosoviéticos en México o Guatemala, por ejemplo, serían tan desagradables para los Estados Unidos como los actuales regímenes pro Estados Unidos en Turquía y Grecia lo son para la Unión Soviética. En el conflicto actual por el poder mundial resulta perturbador ver la ideología del propio oponente afirmarse frente a la puerta del contrario.

Estados Unidos está tratando de alejar el peligro de un avance mayor del comunismo en Latinoamérica siguiendo dos clases de política simultáneamente. Por un lado, está tratando de derribar el régimen de Castro antes de que tenga tiempo de precipitar revoluciones similares en otros países latinoamericanos.

Después de fracasar el año pasado en su intento de derribar al primer ministro Castro organizando la abortada invasión de Cuba por los exilados cubanos, Estados Unidos está tratando de derribarlo movilizándolo contra él presiones económicas en lugar de invasiones armadas. Esta política, ya sea llevada a cabo por medios militares o económicos, es negativa. Se propone simplemente acabar con el castrismo, sin remover sus causas.

Revoluciones sociales pacíficas

En cambio, la otra política que Estados Unidos está siguiendo es positiva. Está tratando de hacer al resto de Latinoamérica inmune al peligro de revoluciones como la de Cuba, induciendo a los elementos dirigentes en Latinoamérica a aceptar un tratamiento homeopático. Estados Unidos les ofrece ayuda substancial si consienten en alejar la amenaza de revoluciones comunistas o semicomunistas llevando a cabo revoluciones sociales pacíficas, como las que han sido realizadas en los países Escandinavos y en Inglaterra.

Aunque es posible, para Estados Unidos, patrocinar estas dos clases de política al mismo tiempo, hay un mundo de diferencia entre ellas. La política de derribar el régimen del doctor Castro en Cuba es moralmente vulnerable y tiene muy pocas posibilidades de alcanzar el éxito. Desde un punto de vista moral ¿qué derecho tiene Estados Unidos, o cualquier otro país americano, para intentar derribar el régimen establecido en Cuba, simplemente porque este régimen es políticamente ofensivo para los elementos dirigentes de los países vecinos a Cuba? El régimen que Cuba debe tener sólo puede ser decidido por los cubanos mismos, a la luz de lo que la mayoría cree que es más conveniente para los intereses de su país.

El intento de intervención fue un fracaso

La "voluntad general" de los cubanos puede ser desconocida actualmente, si tenemos en cuenta que Cuba está viviendo ahora bajo un gobierno autoritario. Pero esto no justifica la intervención extranjera en los asuntos domésticos de Cuba por la ayuda de intereses extraños, distintos a los cubanos.

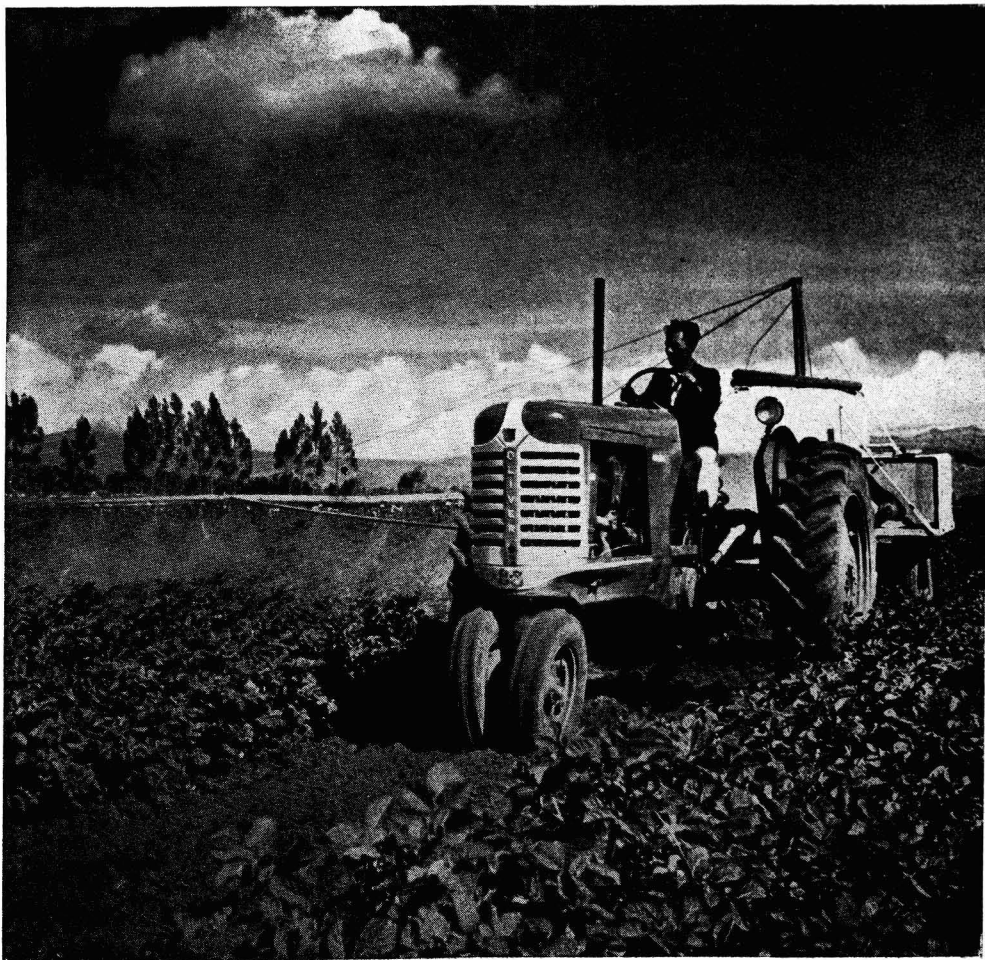
Además, el punto de vista práctico de la política de intervención en Cuba no es más brillante que el meramente ético. El intento de invasión armada del año pasado fue un completo fracaso; y el intento actual de provocar la caída del doctor Castro apretando el tornillo económico parece que será también inútil, si consideramos que Cuba ha logrado ya alcanzar éxito llevando la mayor parte de su comercio exterior al mundo comunista y Canadá — un estado americano que no se ha unido a la OEA.

Prometedora, pero con una condición

La política de Estados Unidos de ayudar al resto de Latinoamérica a inmunizarse contra la infección de gérmenes cubanos es, por otra parte, mejor, y además tiene el conspicuo mérito de ser respetable moralmente.

Es mejor, sin embargo, con una condición. Si esta positiva y constructiva política de Estados Unidos tiene éxito, los elementos dirigentes en los países latinoamericanos, fuera de Cuba, deben tomar la decisión de hacer suya esa política y aplicarla con eficacia y fe. El problema consiste en atreverse a llevar a cabo una revolución social pacífica para salvarse de ser devorados por una revolución violenta como la de Castro.

La poderosa y privilegiada minoría gobernante en Latinoamérica está, por supuesto, tan ansiosa como el presidente



"una adecuada distribución de la propiedad de la tierra"

Kennedy ante la posibilidad de que la revolución de Castro los derrote. Y con toda razón porque, después de todo, si eso pasa, son ellos, y no el presidente Kennedy, los que verán sus propiedades expropiadas y serán lanzados al exilio o, tal vez, muertos.

El interés de la minoría gobernante latinoamericana por convertir en un éxito la política homeopática del presidente Kennedy es patente tanto para ellos como para él; y hay algunos países latinoamericanos —como México y Uruguay, por ejemplo— que se han adentrado bastante en este camino por propia iniciativa, antes de que el presidente Kennedy sacara a la luz su política constructiva para Latinoamérica y ofreciera la ayuda de Estados Unidos para convertirla en realidad.

*Los dueños de la tierra están
aterroizados*

Desafortunadamente, Uruguay y México son excepciones. En la mayor parte

de los países latinoamericanos, el poder está todavía en manos de una poderosa minoría privilegiada, que está interesada en sí misma sin ver con claridad.

El estado de ánimo de estos grandes propietarios latinoamericanos es, en realidad, el mismo que el de sus equivalentes en Irán. Tiemblan llenos de terror ante la posibilidad de una revolución violenta; pero no pueden o no quieren adelantar un paso hacia la salvación de sí mismos, haciendo voluntariamente concesiones a la justicia social mientras hay tiempo todavía de que estas concesiones sean políticamente efectivas.

¿Podrán ser inducidos estos difíciles moribundos, en la penúltima hora, a cambiar de posición, ahora que la posibilidad de una revolución violenta les está haciendo explosión en la cara? Hoy, en Latinoamérica, como en Irán, ésa es la pregunta crucial.

[Tomado de *The Observer*]

¿Crisis en la Unión Soviética?

Por Isaac DEUTSCHER

La Unión Soviética pasa por una crisis moral que tiene un significado mucho más profundo que el que podría tener cualquier pelea o rivalidad en el Kremlin. La crisis afecta a la nación como totalidad. El impacto del XII Congreso ha sido mucho más fuerte que el del XV; y es de una clase diferente.

La conmoción de 1956 se sintió, dentro de la Unión Soviética, principalmente en los cuadros del Partido Comunista que conocían el discurso secreto de Jruschiov; pero no llegó a las masas. Los cuadros fueron entonces confundidos y sacudidos; pero para la mayoría de ellos la conmoción fue suavizada por la sensación de alivio que provocaba el conocimiento de que habían salido al fin de la histórica cámara de horrores en la que habían vivido.

El XV Congreso ha sacudido a las masas. Ahora se discute apasionadamente en toda la Unión Soviética, y muchas veces apasionada y cálidamente. Las reuniones del partido que por lo general eran atendidas por sólo unos cuantos y eran soporíferas, están ahora abarrotadas, son tensas y a menudo terminan en tumulto. La audiencia acosa a los instigadores oficiales con preguntas investigadoras y cuando los instigadores tratan de engañarlos con respuestas rutinarias, ellos abuchean y se burlan y les gritan.

La gente siente que, inclusive ahora, sólo se les dice una parte de la verdad sobre el legado stalinista. Y gritan pidiendo la verdad completa.

Su alivio por haber dejado atrás los terrores de la era de Stalin se está haciendo insuficiente. Y de allí viene su irritación por los trucos casi stalinistas de la propaganda oficial; por la arbitrariedad burocrática, su incapacidad y su deshonestidad; la escasez de productos de consumo y las restricciones a la libertad de expresión. Además, se ha permitido que las masas miraran un momento dentro de los sistemas gangsteriles de los hombres que durante mucho tiem-

po formaron el grupo dirigente, y que en parte pertenecen todavía a él. No menos que las revelaciones acerca de las equivocaciones de Stalin, esto ha hecho a la gente consciente de la degradación moral y la ciénaga política en la cual Stalin ha dejado a la sociedad soviética, a pesar de todo el progreso económico y educativo.

El fermento moral es casi tan intenso como lo fue la agitación en Polonia y Hungría en 1956, aunque no sea tan explosivo. Mientras más hace Jruschiov por pacificarlo, más lo agrava. Él ha estado sacando las manos de los antiguos stalinistas de los puestos oficiales en masa. Pero estos despidos hacen que la gente se dé cuenta de cuántas de estas antiguas manos siguen todavía en sus puestos y qué poco significan los cambios de personal sin un cambio posterior y fundamental en los métodos de gobierno.

Si la agitación es menos explosiva que la de Hungría y Polonia, esto se debe solamente a que le falta un foco político. En Polonia y Hungría el nacionalismo antirruso creó ese foco; y además, la gente ahí no había vivido bajo el stalinismo lo suficiente para perder el hábito de formular programas, crear lemas y organizar una acción independiente.

Estos hábitos faltan en Rusia. Los estados de ánimo políticos son por tanto más complejos e informes: una amplia y girante nébula a través de la que no puede verse ninguna proyección sólida. Hay muchas nuevas ideas en el aire, pero cristalizan lentamente.

Tampoco hay ninguna división política larga y claramente cortada; sólo corrientes cambiantes y rápidas. En la superficie está, por supuesto, la división entre aquellos que apoyan la era de Stalin y los desestalinizantes. Pero en ambos lados hay una confusa variedad de matices y sombras. Y por debajo de la superficie, pero cerca de ella, partiendo esta división, están las ramas opuestas

de nacionalismo e internacionalismo, centralistas y anticeutralistas, conservadores y radicales...

Un exasperante cinismo

Sobre estos temas los desestalinizantes están tan divididos como los stalinistas. Y la conmoción, la desilusión y el sentido de que la nación está siendo alimentada todavía con una verdad a medias, en lugar de la antigua gran mentira, produce un exasperante cinismo que a menudo se transforma en nihilismo.

Sin embargo, hay en estos fermentos muchos aspectos que pueden unirse dentro de nuevas y grandes corrientes de opinión, transformándose en algo parecido a una nueva Izquierda y una nueva Derecha (aunque no en el sentido occidental de los términos). Lo que falta, a juzgar por los informes de la Unión Soviética, son centros de pensamientos políticos y acción capaces de producir ideas vitales que puedan inspirar a la gente y reagruparla. Como están las cosas ahora, los críticos de la política oficial murmuran mucho y se encierran a sí mismos en conversaciones sin fin, pero no parecen capaces de formular, para no hablar de diseminar, ningún programa de acción.

Que tales centros, grupos y programas emergerán eventualmente, puede asegurarse — pienso yo. Pero el proceso es desesperadamente lento y debido a esta búsqueda de un camino hacia afuera el conflicto tiende a ser tan frenético como incoherente.

Jrushiov está trabajando muy fuerte para controlar el conflicto, como lo hizo después del XII Congreso. Éste fue el propósito de las últimas conferencias de propagandistas y organizadores del partido en Moscú. Pero es mucho más difícil detener una enfermedad grave que destruir una revuelta. Los tanques no son de ninguna utilidad. La crisis puede ser detenida sólo con ideas y política; y a Jruschiov parecen faltarle esas dos cosas.

Acelerador y freno

Él está sobre todo ansioso de evitar la formación de cualquier corriente de oposición dentro y fuera del partido. Trata de detener la búsqueda y el debate que la nación ha empezado. Pero difícilmente puede tener éxito en esto. No puede parar la desestalinización, ni puede seguir fácilmente con ella.

El problema de Jruschiov ha sido creado en gran parte por él mismo. Lo que recientemente le ha estado dando a la gente son gestos simbólicos y provocativos, como la expulsión del cuerpo de Stalin del mausoleo, más que verdadera reforma. Las reformas pueden calmar el estado de ánimo nacional; los gestos espectaculares sólo lo excitan.

Su brusca manera de tratar de liberar el régimen y luego de parar la liberación, hace las cosas todavía peores. Acelera y frena demasiado seguido y demasiado vigorosamente. Por el momento él parece estar presionando muy fuerte las dos cosas, el acelerador y el freno.

El Presidium, así, parece estar casi tan alarmado y dividido como lo estaba du-